

**ROUSSEAU**

**DISCURSO SOBRE LA SIGUIENTE CUESTIÓN.**

**¿Cuál es la virtud más necesaria para los héroes?; ¿Quiénes son los héroes a los que falta esa virtud?**

**Propuesto en 1751 por la Academia de Córcega.**

Traducción: Simón Royo Hernández  
Revisión: Julián Jesús Martínez López  
Enero de 2014

Advertencia:

*Esta obra es muy mala, la encontré de tal modo así tras haberla escrito que no me digné ni siquiera a enviarla. Es tan fácil de hacer sobre el mismo asunto, que no se puede hacer bien: porque no habrá nunca una buena respuesta que dar a las preguntas frívolas. Sin embargo siempre hay una lección útil que sacar de un mal escrito.*

Si yo no fuese Alejandro, dijo el conquistador, yo quisiera ser Diógenes. El filósofo hubiera dicho dudando: si yo no fuese lo que soy, ¿querría ser Alejandro? Un conquistador consentiría antes ser un sabio que un sabio ser un conquistador. Pero ¿qué hombre en el mundo no consentiría ser un héroe? Se nota entonces que el heroísmo tiene virtudes propias, que no dependen de la Fortuna, pero que necesitan de ella para desarrollarse. El héroe es obra de la naturaleza, de la Fortuna y de sí mismo. Para definirlo acertadamente haría falta asignarle qué es lo que tiene de cada una de las tres.

Todas las virtudes pertenecen al sabio. El héroe se deshace de aquellas que le faltan para que brillen aquellas que posee. Las virtudes del primero son templadas pero están exentas de vicios. Si el héroe tiene defectos, éstos son borrados por el brillo de sus virtudes. El uno es siempre cierto que no tiene ninguna mala cualidad, el otro siempre grande no las tiene mediocres. Los dos son firmes e inquebrantables, pero de diferentes maneras y en diferentes asuntos. El uno no cede nunca más que a la razón, el otro no lo hace nunca excepto por generosidad. Las debilidades son tan poco conocidas del sabio como las vilezas lo son para el héroe, y la violencia no impera sobre el alma del primero más que las pasiones sobre el segundo.

Hay más solidez en el carácter del sabio y más brillo en el del héroe; y la preferencia se encuentra decidida a favor del primero, pues se contenta con considerarlas tal y como son. Pero si nosotros les miramos con referencia al interés de la sociedad, nuevas reflexiones producirán muy otros juicios y devolverán a las cualidades heroicas la preeminencia que les es debido, que les han sido consideradas a lo largo de los siglos, en un consentimiento común.

En efecto, el cuidado de su propia felicidad ha sido toda la ocupación del sabio, lo que es bastante sin duda para llenar la tarea de un hombre ordinario. La visión del verdadero héroe se extiende mucho más lejos: el bienestar de los hombres es su objeto, es a semejante sublime trabajo al que consagra la gran alma que ha recibido del cielo. Los filósofos, como hemos visto, pretenden enseñar a los hombres el arte de ser dichosos, y

como si debieran atender a formar naciones sabias, ofrecen a los pueblos una felicidad quimérica que no quieren para ellos mismos, de la que no toman ni la idea ni el gusto. Enérgicamente Sócrates deplorará los males de su patria, pero era a Trasíbulo a quien le estaba reservado acabar con ellos. Platón, tras haber perdido su elocuencia, su honor y su tiempo, en la corte de un Tirano, estuvo obligado a abandonar a otro la gloria de librar a Siracusa del yugo de la tiranía. El Filósofo puede dotar al universo de algunas instrucciones saludables, pero sus lecciones no corregirán jamás ni a los Grandes que se equivocan, ni al pueblo que no les entiende. Los hombres no se gobiernan a través de proyectos abstractos, no les vuelve felices el que se les obligue a serlo, hace falta que prueben el bienestar para que lo lleguen a amar: he aquí la ocupación y los talentos del héroe, pues a menudo mediante la fuerza se encuentra en estado de recibir las bendiciones de los hombres que se han acostumbrado a llevar el yugo de las leyes para someterse finalmente a la autoridad de la razón.

El heroísmo es entonces, de todas las cualidades del alma, aquella más importante para el pueblo, que no pide otra cosa sino que el gobernante sea agradecido. Es la colección de un gran número de virtudes sublimes, raras en su ensamblaje, más raras en su energía y más raras aún que el heroísmo que constituyen, desentendido de todo interés personal, no tiene por objeto más que la felicidad de los otros y por precio su admiración.

Nada he dicho aquí de la gloria legítimamente debida a las grandes acciones, no he hablado de la potencia de ingenio, ni de otras cualidades personales necesarias al héroe, que sin ser virtudes, sirven a menudo mucho mejor que ellas al éxito de las grandes empresas. Para situar al verdadero héroe en su rango no puedo sino recurrir a este principio incontestable: que es entre los hombres aquel que se muestra como el más útil a los demás, que debe ser el primero de todos. No temo en absoluto que los sabios requieran de una decisión fundada en tal máxima.

Es cierto, y me he dado cuenta, que se presenta, en tal manera de ver el heroísmo, una objeción que parece tan difícil de resolver como que surge del fondo mismo del asunto.

No debe haber, dicen los antiguos, dos soles en la naturaleza ni dos césares sobre la tierra. Y en efecto, ocurre con el heroísmo como con aquellos metales cuyo precio depende de su rareza y cuya abundancia convierte en perniciosos o inútiles. Aquel cuyo valor ha pacificado el mundo se sentirá apenado si es que encuentra un rival digno de él. Tales circunstancias pueden convertir a un héroe en necesario para la salud del género humano, pero, en cualquier tiempo que ocurra, un pueblo de héroes, provocará infaliblemente la ruina; se parecerá a los soldados de Cadmo, y se destruirá rápidamente a sí mismo.

¿Cómo?, se me dirá, ¿la multiplicación de bienhechores del género humano puede ser peligrosa para los hombres? ¿Podría haber demasiadas personas trabajando a favor del bienestar de todos? Sí, sin duda, respondería, cuando lo realizan mal o cuando no se ocupasen más que en apariencia. No disimulemos nada, la felicidad pública es mucho menos el fin de las acciones del héroe que un medio de llegar hasta aquello que se propone, y ese fin está siempre cercano a su gloria personal. El amor a la gloria ha hecho bienes y males innumerables. El amor a la patria es más puro hacia el príncipe y más seguro en sus efectos. También el mundo ha estado a menudo demasiado cargado de héroes, pero las naciones no tendrán jamás suficientes ciudadanos. Hay diferencia entre el hombre virtuoso y aquel que tiene las virtudes, las del héroe encuentran

raramente su fuente en la pureza del alma. Son parecidas a esas drogas saludables, pero poco agitadas, que es necesario mezclar con corrosivos, se diría que necesitan del concurso de los vicios para adquirir su efectividad.

No es necesario representarse al heroísmo bajo la idea de una perfección moral que no le conviene de ninguna manera, sino como un compuesto de buenas y malas cualidades saludables o perjudiciales según las circunstancias y combinadas en tal proporción que de ellas resulte la fortuna y la gloria para aquel que las posee, y que a menudo proporciona más bienestar para las gentes que una virtud perfecta.

De tales nociones desarrolladas se sigue que bien pudiera haber las virtudes contrarias al heroísmo, otras que le serían indiferentes y otras que serían más o menos favorables según sus diferentes relaciones con el arte de subyugar los corazones y elevar la admiración de los pueblos. Y que, en fin, entre estas últimas, debería haber alguna que fuese más necesaria, más esencial, más indispensable, caracterizada de la siguiente manera: se trata de aquella virtud especial y propiamente heroica, que debe ser aquí el objeto de mis investigaciones.

Nada es aquí tan decisivo como la ignorancia y la duda es tan rara entre el pueblo como lo es la afirmación entre los verdaderos filósofos. Hace mucho tiempo que el prejuicio vulgar se pronuncia sobre la cuestión que nos preocupa hoy y el valor guerrero pasa en la mayoría de los hombres por la primera virtud del héroe. Se atreven a llamar a tal juicio ciego, al Tribunal de la razón, y los prejuicios, tan a menudo sus enemigos y sus vencedores, le enseñan a ceder también en este asunto.

Nosotros rechazamos esa primera reflexión que se muestra tan débil y convenimos de entrada que los pueblos han desconsideradamente acordado otorgar su estima a la valía marcial. Así como esa inconsecuencia que tienen tan odiosa consistente en creer que es a través de la destrucción de los hombres que los bienhechores del género humano anuncian su carácter. Somos a la vez muy torpes y muy desdichados si tan sólo la triste fuerza puede excitar nuestra admiración. Hay entonces que creer que si jamás los días de felicidad y de paz resurgieran para nosotros, desterraríamos al heroísmo junto al horrible cortejo de las calamidades públicas, y los héroes serían todos relegados en el templo de Jano, como encerramos, después de la guerra, las viejas e inútiles armas, en nuestro arsenal.

Ya sé que entre las cualidades que deben formar al gran hombre, el coraje es una cosa, pero fuera del combate el valor no es nada. El bravo no realiza sus proezas más que en los días de batalla mientras que el verdadero héroe realiza las suyas todos los días, y sus virtudes, para mostrarlas en pompa, no son de uso menos frecuente bajo un exterior más modesto.

Osamos decirle. Tanto hace falta que el valor sea la primera virtud del héroe que resulta incluso dudoso que la debamos contar bajo el nombre de las virtudes. ¿Cómo podríamos honrar con ese título una cualidad bajo la que tantos canallas han fundado sus crímenes? No, jamás los Catilinas ni los Cromwells osaron volver sus nombres célebres, el uno no hubiera intentado la ruina de su patria, ni el otro servir a la suya, si la más firme intrepidez no estuviese en el fondo de sus caracteres. Con cuántas virtudes de más, me diréis, hubieran osado ser héroes. Decid mejor que con cuántos crímenes de menos hubieran osado ser hombres.

De ningún modo pasaré revista aquí a esos guerreros funestos, el terror y la plaga del género humano, a esos hombres ávidos de sangre y de conquistas, de los que no se puede pronunciar el nombre sin temblar, los Marios, los Totilas, los Tamerlans. No me prevendré de ningún modo del justo horror que han inspirado a las naciones. Es que hace falta recurrir a los monstruos para establecer que incluso la bravura más generosa es más sospechosa en su principio, más trabajadora que sus ejemplos, más funesta que sus efectos que no pertenecen a la constancia, a la solidez y a las ventajas de la virtud. ¿Cuántas acciones memorables han sido inspiradas por la vergüenza o por la vanidad? ¿Cuántas hazañas que han sido ejecutadas con el rostro hacia el sol, bajo la mirada de los jefes y en presencia de todo un ejército, no han sido luego desmentidas en silencio, en la obscuridad de la noche? Aquel que es valiente en medio de sus compañeros, que no será sino un cobarde, abandonado a sí mismo. Aquel, la prestancia de un general que no tiene jamás el corazón de un soldado. Aquel que afronta desde una trinchera la muerte y el fuego de su enemigo, que en el secreto de su casa no puede mantener la vista del hierro salutífero de un cirujano.

Uno que fue valiente un día, decían los españoles de Carlos V, su buena gente le conocía por su valentía. Y en efecto, nadie puede ser el artífice de su valor, y hay muy pocos guerreros sinceros que osen responder de sí mismos siquiera veinticuatro horas. Ajax espantó a Héctor; Héctor aterrorizó a Ajax y fue contra Aquiles. Antioco el Grande fue valiente la mitad de su vida y cobarde la otra mitad. El triunfador de tres partes del mundo perdió el corazón y la cabeza en Farsalia. El mismísimo César se emocionó en Dirrachium y tuvo miedo en Munda. El vencedor de Bruto se fue cobardemente ante Octavio y abandonó la victoria y el imperio del mundo a aquel que tenía de él lo uno y lo otro. ¿Acaso se creará que faltan ejemplos modernos y que por eso cito aquí los antiguos?

Que no se nos diga más que la palma del heroísmo pertenece al valor y a las gestas militares. No es por las hazañas de los grandes hombres que su reputación es comedia. Cien veces los vencedores han devuelto el precio de la gloria a sus vencidos. Que no se cuenten los votos que me digan quién es más grande si Alejandro o Poros, Pirro o Fabricio, Antonio o Bruto. Que no se hable de los franceses bajo los hierros de un Carlos V triunfante, de los Valones vencedores y los de Coligny vencidos.

¿Qué diremos de aquellos grandes hombres que por haber mantenido sus manos impolutas de sangre, no son más que seguramente inmortales? ¿Qué diremos del legislador de Esparta, que, tras haber probado el placer de reinar, tuvo el coraje de devolver la corona a su legítimo poseedor que no se la había reclamado? ¿Y de aquel dulce y pacífico ciudadano que sabía vengarse de las injurias no mediante la muerte del ofensor, sino teniéndole por hombre honesto? ¿Hará falta desmentir el oráculo que acordó casi honores divinos y rechazó el heroísmo a aquellos que convirtieron en héroes a todos sus compatriotas? ¿Qué diremos del legislador de Atenas que supo guardar su libertad y su virtud en el corazón mismo de los tiranos, y que osó mantener la mirada a un monarca opulento al que el poder y la riqueza no hicieron de ningún modo feliz? ¿Qué diremos del más grande de los romanos y del más virtuoso de los hombres, de ese modelo para los ciudadanos al cual solamente el opresor de la patria le hizo el honor de odiarle como para que cogiese la pluma en su contra, incluso tras su muerte? ¿Le haremos semejante afrenta al heroísmo de rechazar el título de Catón de Útica? Y por tanto este hombre no se ha forjado en los combates, ni ha llenado el mundo del ruido de

sus hazañas. Me equivoco. Ha hecho un combate único, que nunca será imitado. Al formar a partir de una corte de hombres de guerra una sociedad de hombres sabios, equitativos y modestos.

Sabemos bien que el reparto de Augusto no tenía valor. Tenía muy poco que ver con los ríos de Actium o con los planes que a Filipo le llevo a recoger los laureles que le inmortalizaron, sino con una Roma pacífica y devuelta felizmente. El sumiso universo ha supuesto menos para la gloria y para la seguridad de su vida que la equidad de sus leyes y el perdón de Cinna: ¡De tal modo son preferibles para los héroes las virtudes sociales que la valentía! El capitán más grande del mundo muerto asesinado en pleno Senado por un poco de altanería indiscreta, por haber querido adjuntar un título vano a un poder real; y el odioso autor de las proscripciones, borrando sus crímenes a fuerza de justicia y de clemencia, se convierte en el padre de su patria a la que había decepcionado, y ya muerto adora a los romanos que le habían avasallado.

¿Quién de nosotros osaría quitar a todos esos grandes hombres la heroica corona con la que sus cabezas inmortales se encuentran adornadas? ¿Quién osará rechazar a ese filósofo guerrero y bienhechor, que con una mano acostumbraba a blandir las armas, apartando de vosotros las calamidades de una larga y funesta guerra, y que hacía brillar entre vosotros, con una magnificencia Real, las ciencias y las bellas artes. ¡Oh! ¡Qué espectáculo digno de los tiempos heroicos! Veo a las Musas con todo su esplendor marchar con paso firme entre vuestros batallones, Apolo y Marte se coronan recíprocamente, y vuestra isla, aún humeante de la devastación de los rayos al haberlos desafiado al abrigo de esos dobles laureles. Decidir entonces, ciudadanos ilustres, quienes merecen mayormente el mérito de la palma heroica, si los guerreros, que se precipitan en vuestra defensa, o los sabios, que hacen todo por vuestro bienestar; o mejor aún, rechazad una elección inútil, porque bajo ese doble título no encontrareis sino las mismas frentes para coronar.

A los ejemplos que se presentan multitudinariamente y que no me está permitido agotar, adjuntad algunas reflexiones que confirman las inducciones que no me está permitido señalar aquí. Asignar el primer rango al valor en el carácter heroico, tal cosa, sería como dar al brazo que ejecuta la preferencia sobre la cabeza que proyecta. Y ciertamente encontramos más fácilmente los brazos que las cabezas. Se puede confiar a otros la ejecución de un gran proyecto sin perder el mérito principal; pero ejecutar el proyecto de otro es entrar voluntariamente en el orden subalterno que de ningún modo conviene al héroe.

De este modo, sea cual sea la virtud que le caracteriza, debe anunciar el genio y serle inseparable. Las cualidades heroicas pueden muy bien tener su origen en el corazón, pero es en la cabeza que ellas se desarrollan y adquieren solidez. El alma más pura puede equivocarse en la ruta misma del bien si el espíritu y la razón no la guían y todas las virtudes se alteran sin el concurso de la sabiduría. La seguridad degenera fácilmente en opiniotrez, la dulzura en debilidad, el celo en fanatismo, el valor en ferocidad. A menudo una gran empresa mal concebida hace más daño al que la ejecuta que honor si fuera merecidamente exitosa, porque el desprecio es ordinariamente más fuerte que la estima. Parece incluso que, para establecer una reputación brillante, los talentos sirven con más facilidad a las virtudes que las virtudes a los talentos. El soldado del Norte, con un genio estrecho y un coraje sin mella, perdía sin retorno, a mitad de su carrera, una gloria adquirida no sin prodigios de valor y de generosidad; y es aún dudoso para la

opinión pública que el asesino de Charles Stuart no tenga nada que ver con todas las hazañas de entre los grandes hombres que han alguna vez existido.

La bravura no constituye de ninguna manera un carácter y es más bien al contrario, del carácter de aquellos que la poseen, adquiere su forma particular. Es virtud en un alma virtuosa y vicio en una maliciosa. El caballero Bayard era bravo, Cartouche lo era igualmente: ¿pero podrá alguien creer que lo eran de la misma manera? El valor es susceptible de todas las formas: es generoso o brutal, estúpido o esclarecido, furioso o tranquilo, según el alma que lo posea; según las circunstancias, es la espada del vicio o el escudo de la virtud, y puesto que no anuncia necesariamente ni la grandeza de alma ni la del espíritu, no es de ninguna manera la virtud más necesaria para el héroe. Que me perdone el pueblo valeroso e infortunado que durante tanto tiempo ha estado llenando Europa del ruido de las hazañas y de sus males. No, de ningún modo será la bravura de aquellos de vuestros conciudadanos que han derramado su sangre por su país que estaré de acuerdo en entregar la Corona Heroica, sino a su ardiente amor a la patria y a su constancia invencible en la adversidad. Para ser héroes con tales sentimientos podrían incluso haber dejado de ser bravos.

Ataco una opinión peligrosa y muy extendida, y no tengo las mismas razones para seguir en todos sus detalles el método de las exclusiones. Todas las virtudes nacen de las diferentes relaciones que la sociedad ha establecido entre los hombres. Ahora bien, el número de esas relaciones es casi infinito. ¿Qué tarea será entonces la que necesariamente tendremos que emprender? Esta será inmensa porque hay entre los hombres tantas virtudes posibles como vicios reales; será superflua, porque en el número de grandes y difíciles virtudes de las que el héroe tiene necesidad para mandar bien, se sabrá comprender como necesarias el gran número de virtudes más difíciles aún, de las que la multitud necesita para obedecer. Un tal ha brillado en el primer rango y, habiendo nacido en el último, murió en la obscuridad sin ser reconocido. No me refiero a aquello que se dice de Epicteto sentado en el trono del mundo, sino que digo que en el lugar de Epicteto, incluso el propio César no ha sido jamás más que un enclenque esclavo.

Hagamos pié, para abreviar, en las divisiones establecidas por los filósofos y contentémonos de descubrir las cuatro virtudes principales de las que proceden todas las otras, teniendo claro que no es en las cualidades accesorias, obscuras y subalternas donde debemos buscar la base del heroísmo.

¿Se nos dirá entonces que la justicia sea la base, en tanto que en la injusticia misma han fundado el monumento de su gloria la mayoría de los grandes hombres? Los unos embriagados de amor por la patria no han encontrado nada para servirla y no han dudado en emplear para su éxito los medios odiosos que sus generosas almas no habían osado jamás emplear para sí mismos; los otros, devorados de ambición, no han trabajado más que en meter a su país bajo cadenas; y el ardor de la venganza ha llevado a otros a traicionarla. Los unos han sido ávidos conquistadores, los otros, astutos usurpadores, y otros incluso no han tenido vergüenza de volverse ministros de la tiranía de otro. Unos se han equivocado en su deber, otros se han burlado de su fe. Algunos han sido injustos por sistema, otros por debilidad: todos han adquirido la inmortalidad.

La justicia no es entonces la virtud que caracteriza al héroe. No diríamos mejor que fuese acaso la temperancia o la moderación, porque es por haberles faltado esa última

virtud que los hombres más célebres se han vuelto inmortales, y que el vicio opuesto al otro no ha impedido a ninguno de ellos el lograrlo; ni siquiera Alejandro, al que ese vicio horrible cubrió de sangre de su amigo, tampoco César, al que todas las disoluciones de su vida no vieron una sola antes de su muerte.

La prudencia es más bien una cualidad del espíritu que una virtud del alma. Sin embargo, de cualquier manera que lo veamos, encontramos siempre en ella más solidez que brillo, y sirve antes a que se valoren las otras virtudes que a brillar por ella misma. La prudencia, dice Montaigne, tan tierna y circunspecta, es mortal enemiga de elevadas ejecuciones y de todo acto verdaderamente heroico: si previene de las grandes faltas, también oscurece las grandes empresas, porque es poco o deja siempre al azar mucho más de lo que conviene al hombre sabio. Por el contrario, el carácter del heroísmo es la de llevar al más alto grado a las virtudes que le son propias. Nada aproxima tanto a la pusilanimidad que una prudencia excesiva y no se eleva a lo más alto del hombre más que dejando un poco al margen la razón humana. La prudencia no es tampoco de ningún modo la virtud característica del héroe.

La temperancia lo es aún menos, a ella a la que el heroísmo mismo, que es una intemperancia de gloria, parece tener por excluida. ¿Dónde están los héroes que del exceso de cualquier especie no hayan tocado la villanía? Alejandro se dice que fue casto, ¿pero fue sobrio? ¿Tal émulo del primer vencedor de la India no imitó sus desvaríos? ¿No los acumuló cuando siguiendo a una cortesana quemó el palacio de Persépolis? ¡Ah! ¡No tenía una amante! En su funesta depravación acaso no mató a su amigo. Cesar fue sobrio, pero ¿fue casto él que hizo conocer a Roma inauditas prostituciones y cambios de sexo a su gusto? Alcibiades tuvo toda suerte de intemperancias y no por ello fue menos uno de los grandes hombres de Grecia. Incluso el viejo Catón amaba el dinero y el vino. Tuvo vicios innobles y fue admirado por los romanos.

El hombre virtuoso es justo, prudente, moderado, sin ser por ello un héroe y muy frecuentemente el héroe no tiene nada de eso. No podríamos menos que convenir que es en el desprecio mismo de esas virtudes a lo que el heroísmo debe su brillo. ¿En qué se convierten César, Alejandro, Pirro, Aníbal, vistos desde ese punto de vista? Con cuántos vicios de menos hubiesen podido ser menos célebres, a pesar de que la gloria es el premio del heroísmo; pero es necesaria otra cosa para la virtud.

Si hiciese falta distribuir las virtudes entre aquellos a los que mejor les convienen, yo asignaría al hombre de Estado la prudencia; al ciudadano la justicia; al Filósofo la moderación; para la fortaleza de ánimo, se la daría al Héroe, y nadie se quejará de la partición.

En efecto, la fortaleza de ánimo es el verdadero fundamento del heroísmo, es la fuente o el suplemento de las virtudes que la componen y es la que le impulsa a grandes cosas. Agrúpense como se quiera las cualidades que pudieran concurrir a formar al gran hombre, si no se conjunta la fuerza para animarlas, caen todas en la languidez y el heroísmo se evapora. Al contrario, la fuerza de ánimo en solitario aporta necesariamente un gran número de virtudes heroicas a aquel que está bien dotado y suple a todas las otras.

Como se pueden realizar acciones virtuosas sin ser virtuoso, podemos realizar grandes acciones sin tener derecho al heroísmo. El héroe no realiza siempre grandes acciones, pero siempre está presto a realizarlas si hace falta, y se muestra grande en todas las circunstancias de su vida; en ello se distingue del hombre vulgar. Un inválido puede coger la pala y laborar durante unos momentos la tierra: pero se agota y lo deja muy pronto. Un robusto jornalero no soporta grandes trabajos sin cesar; pero los podría realizar sin incomodarse. Es a su fuerza corporal a la que debe ese poder. La fortaleza de ánimo es la misma cosa, consiste en poder siempre actuar fuertemente.

Los hombres son más ciegos que malvados y hay más de debilidad que de maldad en sus vicios. Nos engañamos nosotros mismos antes que engañar a los demás, luego nuestras faltas no provienen sino de nuestros errores, no los cometemos apenas sino porque dejamos ganar a los pequeños intereses presentes que nos hacen olvidar las cosas más importantes y más lejanas. De ello provienen todas las pequeñeces que caracterizan lo vulgar, inconstante, ligero, caprichoso, falso, fanático y cruel: vicios que todos ellos tienen su fuente en la debilidad de ánimo. Y al contrario, todo es grande y generoso en un alma fuerte, porque ella sabe discernir lo bello de lo vacío, la realidad de la apariencia, y se fija a su objetivo con tal firmeza que aparta las ilusiones y sobrepasa los más grandes obstáculos.

Por eso un juicio incierto y un corazón fácil de seducir, vuelve a los hombres débiles y pequeños. Para ser grande sólo hace falta volverse maestro de uno mismo. Es del interior de nosotros mismos que surgen los peores enemigos y cualquiera que haya sabido combatirlos y vencerlos habrá hecho más por la gloria, a juicio de los sabios, que si hubiese conquistado el universo.

He aquí lo que produce la fortaleza de ánimo, puede esclarecer al espíritu, extender el genio y dotar de energía y de vigor a todas las otras virtudes; puede suplir aquellas que nos faltan: porque aquel que no sea valiente, ni justo, ni sabio, ni moderado por inclinación, lo será por tanto por la razón, para todo el que haya sobrepasado sus pasiones y vencido sus prejuicios. Sentirá cuanto ha avanzado sobre los demás si se convence de que puede hacer de que no puede alcanzar su bienestar si no es trabajando por el de los otros. La fortaleza es entonces la virtud que caracteriza al heroísmo y lo es además por un argumento sin réplica que saco de las reflexiones de un gran hombre: las otras virtudes, dice Bacon, nos libran de la dominación por los vicios, pero solamente la fortaleza nos garantiza la fortuna. En efecto, ¿cuáles son las virtudes que no necesitan de ciertas circunstancias para poder ponerlas en obra? ¿De qué sirve la justicia entre los tiranos, la prudencia con los insensatos, la temperancia en la miseria? Sin embargo todos los sucesos honran al hombre con fortaleza, el bienestar y la adversidad sirven igualmente a su gloria, y no reina menos en las cadenas que sentado en el trono. El martirio de Regulo en Cartago, el festín de Catón rechazando el consulado, la sangre fría de Epicteto torturado por su amo, no son menos ilustres que los triunfos de Alejandro y César; y si Sócrates hubiese muerto en su cama, quizá dudaríamos todavía hoy si el fue algo más que un hábil sofista.

Después de haber determinado la virtud más propia del héroe, debería hablar de aquellos que han llegado al heroísmo sin poseerla. ¿Pero cómo habrían llegado éstos aquí sin la parte que ella sola constituye al verdadero héroe y que le es esencial? Yo no tengo nada que decir al respecto y en eso consiste el triunfo de mi causa. Entre los hombres célebres, cuyos nombres se encuentran inscritos en el templo de la gloria, a



unos les falta la sabiduría, a otros la moderación, ha habido crueles, injustos, imprudentes y pérfidos; todos han tenido debilidades; ninguno de entre ellos ha sido un hombre débil. En una palabra, todas las otras virtudes pueden faltar a algunos grandes hombres; pero sin la fortaleza de ánimo, no habrían sido jamás héroes.